

«Indisculpables serían los miembros del gobierno, si descuidasen el derecho que tienen de sostener en cuanto se aviene con los principios del derecho de gentes los esfuerzos de los franceses enemigos del actual gobierno.....» «Un ministro en país extranjero, por la naturaleza de su cargo así como por los deberes de su situación, ha de abstenerse de toda comunicación con los malcontentos en el país en donde está acreditado, así como de toda acción que pudiera perjudicar á los intereses de dicho país, más no está sujeto á la misma reserva con respecto á los países con los cuales su soberano está en guerra. Sus acciones con respecto á ellos pueden ser dignos de elogio ó de vituperio, según la naturaleza de las mismas acciones, más no implican ninguna violación de su carácter público, á menos que sean hostiles á la paz ó seguridad del país en donde está acreditado.» Esta defensa era débil porque era insostenible la causa. Un embajador no puede comprometer el país en que representa urdiendo bajo el seguro de su neutralidad conspiraciones contra un gobierno amigo de la nación en que está acreditado. Pero Talleyrand fué más allá y declaró que Francia no reconocería en adelante el cuerpo diplomático inglés en Europa.

Esto nos dice que Bonaparte de serle posible, hubiera tratado á los dos ministros británicos como trató á Enghien, y esto no es una vana acusación, pues de igual manera hizo tratar al agente inglés en Hamburgo, á sir Jorge Rumbold.

Napoleón I, que así se llamaba ahora, el violador de Hamburgo, de una ciudad libre é independiente, mandó á sus dragones al pueblo de Grindel en la noche del 25 de Octubre de 1804, con encargo de apoderarse del agente inglés y de sus papeles. Del golpe estuvo esta vez encargado Bernadotte, pero la ejecución fué de otro general. Rumbold fué preso y llevado en posta á París, encerrándosele en el Temple. Pero al rey de Prusia le pareció mal este arranque de Bonaparte, pues ¿podía considerarse él mismo seguro en Berlín, si un día destacaba Bonaparte tres ó cuatro mil caballos para prenderle? y reclamó enérgicamente. Rumbold, fué, pues, puesto en libertad, bien que de otra parte nada resultaba contra él, según los papeles que se le habían ocupado.

Esta era la guerra que se hacían Francia é Ingla-

terra, en cambio de la inacción en que estaban las operaciones militares por no encontrar enemigos los ingleses en el mar, y en el continente los franceses.

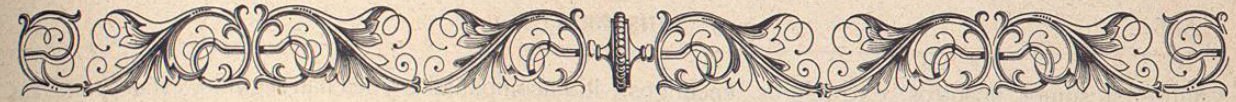
Los ingleses no se habían decidido á defender el Hannover, esto, aún en el caso de que Bonaparte no hubiese ocupado dicho país por sorpresa.

En efecto, el mismo día en que el rey Jorge anunciaba al Parlamento,—16 de Mayo de 1803,—que se habían roto las relaciones con Francia, el ejército francés que se había concentrado en Cowerden á las órdenes de Mortier, se ponía en marcha, pasaba el Ems y llegaba casi sin obstáculo á orillas del Weser. En Bonstell, los hannoverianos se batieron por salvar su honra, y la regencia, ajustaba el 4 de Junio un tratado que ponía fin á la guerra y aseguraba á Bonaparte la ocupación del patrimonio del rey Jorge.

Por el tratado de Sulingen, todo lo oficial, todo lo que pertenecía al rey de Inglaterra, pasaba á Francia. En su consecuencia, Mortier echó mano sobre 500 piezas de artillería, 40.000 fusiles, 200 carros con sus tiros, tres millones de cartuchos y cuatro mil quintales de pólvora. Mas como este tratado contenía una cláusula que decía que el rey de Inglaterra debía ratificarlo, y esto no sucedió, por un nuevo tratado del mes de Julio de 1803, se dió por disuelto el ejército hannoveriano, y el país pasó á ser una conquista de Francia. Hamburgo y Bremen considerándose ya perdidas pidieron al rey de Prusia su protección, pero éste consideró que la distancia que le separaba de Mortier era demasiado pequeña para reclamar, y calló, y no se movió.

Las operaciones marítimas realizadas todas fueron en daño de Holanda. Mientras Víctor que ocupaba el país, artillaba el fuerte de Gorea, el de Brick y la isla de Worn. Las escuadras británicas le quitaban á Holanda las colonias de Desmerara, Erequibo y Berbice; de la misma manera cayeron en su poder las islas de Santa Lucía y Tabago, y las posesiones francesas de Terranova. Las escuadras británicas comparecieron también á Santo Domingo, y no parecía basto para que cesara toda resistencia por parte del diezmando ejército francés que allí estaba quedando prisionero de guerra.

De las operaciones del almirante Linois en la India, hablaremos en el otro capítulo.



CAPITULO X

EL MOVIMIENTO NACIONAL EN FRANCIA EN 1803.

Cómo se debe considerar la nueva etapa de la Revolución francesa.—Nuestra posición.—Punto de vista nacional y punto de vista político.—Concepto del imperio y de sus hombres.—Autoridad moral para juzgar á unos y á otros.—Cómo es posible la reconciliación de Europa con Francia.—El Napoleon I de Lanfrey.—Cómo escribió éste la historia del imperio.—Por qué razones se impone la obra de Lanfrey.—Cuadro maestro del movimiento nacional en Francia en 1803.—Ilusión de las grandezas imperiales.—Patriótico deber en el desvanecerlas.—Difícil cumplimiento de este deber.—Misión de la historia.—Las preocupaciones patrióticas.—La historia no puede ser nacional.—Criterio histórico: comparaciones.—Principios de la crítica histórica.—Táctico.—Solidaridad de los pueblos europeos.—Personalidad histórica.—Error de Francia el 18 brumario.—Consecuencias naturales de la declaración de guerra á Inglaterra.—Carácter implacable de la nueva guerra.—Arresto de familias inglesas.—Napoleón é Inglaterra.—Inglaterra y Francia.—Indiferencia de los franceses por los asuntos exteriores.—Sus causas.—Situación política de Europa.—Estado de la opinión pública en Francia.—Carece de órganos.—La opinión artificial.—Arte de Bonaparte en crearlo.—Cómo lo manejaba Bonaparte.—Cómo se fué despertando el sentimiento belicoso en Francia.—Castigo de la apatía francesa.—Cómo principió el movimiento en París.—Estado de las Asambleas públicas.—Se consideran extrañas al movimiento político.—El Tribunalado y los tribunales.—Daru, Regnault y Boissy d'Anglas: profecías de éste.—Carrion Nisas.—Proposición de Riouffe: acuerda el Tribunalado ir en corporación á dar gracias al primer Cónsul por su moderación: 25 de Mayo de 1803.—Carácter de los discursos.—La *maiestad consular*.—Respuesta de Bonaparte.—Su moderación: sus falsedades.—Audacia de Bonaparte.—Réplica del gobierno inglés.—Refutación de Bonaparte.—Iniquidad de la respuesta.—El artículo del *Moniteur* de 12 de Junio.—Los mensajes oficiosos.—El elemento oficial civil: carácter de sus adhesiones.—Adhesiones militares.—Adhesión del clero: mensajes de los obispos.—Obedecen á una carta circular de Bonaparte: 7 de Junio de 1803.—Reclaman á Malta.—Ingratitud de los obispos con Inglaterra.—Los donativos voluntarios.—Su espontaneidad. Las invectivas patrióticas.—Mutismo de la prensa.—Su situación.—París no tiene más que ocho diarios.—Su suscripción.—Sus lectores.—Son severamente vigilados por la policía.—La librería y la policía.—El caso de Sales.—Reclama Bonaparte su expulsión del Instituto.—Bonaparte y el gran juez Regnier.—Cómo vigilaba el primero á la prensa.—Qué libertad dejaba Bonaparte á los periódicos.—Ocúltase siempre la verdad al público.—El caso de Trafalgar.



A á inaugurarse un nuevo período y sentimos necesidad de señalar perfectamente el nuevo punto de vista desde el que vamos á considerar la marcha de la Revolución francesa, de la que no es sino su última etapa el imperio.

Formamos parte de aquella Europa que se levantó airada contra Napoleon, y pertenecemos á aquella nación que enterró en sus campos quinientos mil franceses, para que los futuros invasores de

la patria al descubrir sus huesos retrocedan de espanto. Nuestro patriotismo podría, pues, cegarnos, y por consiguiente es preciso que establezcamos nuestro derecho á levantarnos contra la revolución, como españoles y como revolucionarios.

Como españoles sobrada razón nos darán los acontecimientos que tenemos que narrar. Como revolucionarios, sobrado nos la han dado los acontecimientos narrados, y lo que tendremos que decir, pero esto no quita para que desde este momento,

veamos si somos nosotros, extranjeros, enemigos sistemáticos del nuevo orden de cosas establecido en Francia, si somos nosotros republicanos por odio á la monarquía la que vemos con negros colores el naciente gobierno napoleónico, ó si es que en realidad debemos repugnar este como el más despótico de los gobiernos que tuvo que sufrir el occidente de Europa y la Europa misma, no descontados los vergonzosos tiempos del imperio romano.

Para poner, pues, á sus hombres la marca de la execración pública acudiremos al más respetado de todos los historiadores de Napoleon I, á Lanfrey, que ha escrito sus hechos con la misma pluma que Tácito escribió los anales romanos. Haciéndolo así, no sólo conoceremos el hombre, y el período histórico en que vamos á penetrar, sino que nos reconciliaremos con Francia, haciendo que olvidemos el mal que nos hizo con la justicia que se nos ha hecho.

A Lanfrey, pues, vamos á pedirle ahora que nos cuente cómo fué posible el levantamiento del imperio, cómo se preparó, cómo se preparó el pueblo francés para la guerra contra Inglaterra cuando un año antes había saludado la paz de Amiens como la más grande de las conquistas de la revolución y el fin de la misma revolución. Un cuadro maestro debido á la pluma del gran patriota francés nos presentará á la vista la obra de la iniquidad bonapartista, nada en él tenemos que quitar ni que añadir. Todo está en su puesto, y si hay dureza ésta está en la ley.

En lo sucesivo, no nos será posible dejar á un lado al Napoleon I de Lanfrey: cuando se sabe ser europeo contra la Francia de Napoleon I, merece el escritor francés que un hijo de los que defendieron la patria y la independencia con las armas en la mano, hasta sufrir su familia, muertes, hambre y cautiverio, le ceda las más veces posible su puesto, para que no se vea en la Francia de los napoleones más que una nación hermana víctima del despotismo al igual que nosotros.

Esto nos permitirá ser justos con el rey José de quien, de quedar en España, como quedó Bernadotte, su cuñado, en Suecia, no hubiéramos tenido que sufrir y llorar tanto como de la restauración del *Deseado*.

Hable ahora Lanfrey.

Acometo ahora el relato de las prosperidades inauditas que han señalado el principio y el apogeo de la época imperial. A pesar de los males sin nombre y de las espantosas calamidades con que han

ido acompañadas y les han seguido, estas grandezas tan caramente pagadas han dejado tras sí un tal esplendor que nuestra nación no ha sabido durante mucho tiempo ni consolarse de haberlas perdido, ni juzgarlas con sangre fría reconociendo todo lo que tenían de efímero. No hay para qué sorprendernos de su obstinación en guardar ilusiones tan lisonjeras para su orgullo; todos los pueblos que han soñado el imperio del mundo han sido castigados por su larga ceguera. Es, sin duda, una tarea ingrata la de tener que desengañarles, enseñar á una nación tan orgullosa de este corto momento de su historia que ha faltado á su destino haciéndose el instrumento general de una dominación perversa; no hay aquí ni gloria, ni popularidad á cosechar, y este deber es particularmente penoso en un país de rutina, enamorado del lugar común, y en donde no se perdona jamás á quien quiera que sea que haya tocado á ciertas supersticiones. Mas la experiencia nos ha probado que si los errores sobre el pasado son ó no peligrosos para el porvenir; hemos visto que deplorables resurrecciones pueden producir esas equivocaciones de una admiración mal entendida. Fuera de esto el punto de vista es el mismo, secundario. Que la verdad nos desagrade ó no, nos domina, y la experiencia no ha sido en todo esto, sino su muy humilde servidora.

La historia tiene otra misión que la de agradar. No es hecha ni para ser la cortesana de un pueblo, ni para ser el cortesano de un rey. Es necesario que las preocupaciones tituladas patrióticas tomen su parte, no le es posible hoy á la historia el ser *nacional* en el sentido recto de la palabra. Su patriotismo es el amor de la verdad. No es el hombre de una raza ó de un país, es el hombre de todos los países, habla en nombre de la civilización general; pertenece á los intereses comunes de todas las naciones, á los intereses de la humanidad, y su pueblo es el pueblo que los sirve mejor. Si está, por ejemplo, con Francia contra la España de Carlos V, está por la España contra la Francia de Napoleon. Es alternativamente holandesa contra Felipe II, inglesa contra Luis XIV, ciudadano de los Estados- Unidos contra Jorge III; pero no puede revestir en cierto modo esas diversas individualidades sino después de haberlas despojado de lo que han tenido de apasionado y de excesivo. Su patria domina todas las fronteras, y su causa es la causa universal, inmutable, del derecho contra la fuerza, de la libertad contra la opresión. El exclusivismo que se quiere imponerle es en rigor posible en los pequeños Estados de la antigüedad quienes trataban de enemigos á

todo lo que era extranjero, pero no puede sostenerse en medio de la grande comunidad europea que vive de una misma vida y se alimenta de un mismo pensamiento. Aún Roma, conquistando el mundo, ha sabido elevar al conocimiento de la humanidad, y hé aquí lo que ha hecho la grandeza incomparable de Tácito. Se encuentra en él á pesar de sus preocupaciones, al hombre de todos los tiempos y de todos los países, ó más bien se cree oír el género humano pronunciando sobre su propia historia fallos indelebles.

Hoy los pueblos europeos son talmente solidarios, que no es necesario un grande esfuerzo de imparcialidad ni de comprensión para discernir lo que, en sus vistas particulares, puede servir ó comprometer la causa de los intereses generales, y aquí se encuentra la sola regla de juicio que puede aceptar un espíritu libre.

Esas reflexiones suponen que los pueblos tienen su responsabilidad menos clara y menos distinta, pero no menos real que la de los individuos. Aquellos quienes lo niegan, habrían debido, para ser consecuentes, privarse las peligrosas adulaciones que han prodigado tan á menudo á nuestra vanidad nacional, porque esta adulación implica esta responsabilidad tanto como la censura. Los pueblos, nunca se dirá esto bastante, no son grandes sino en la medida en que saben elevarse á la dignidad de una *persona*, cuando se muestran capaces de discernimiento, de voluntad, de perseverancia; ahí está todo el secreto de su gloria ó de su ignominia. Francia había cometido una gran falta para consigo misma abandonándose sin reserva y sin garantía al hombre que había hecho el 18 brumario; cometió una más grande falta para con Europa, siguiendo con los ojos cerrados su política loca y temeraria, que dió por resultado la ruptura de la paz de Amiens. Las consecuencias de esta doble falta no se hicieron sentir; fué en el interior la agravación del despotismo, en el exterior la adopción definitiva del sistema de las conquistas.

Una vez declarada la guerra á Inglaterra, el primer Cónsul decidió hacerla terrible y decisiva. En el estado aún mal asegurado de sus usurpaciones, en el interior como en el exterior, era peligroso para él, dejar ver demasiado tiempo el vencedor de la Europa tenido en jaque, por aquellos á quienes llamaba con desdén «pueblo de mercaderes.» Así, dióse cuidado de señalar con una medida significativa, desde el primer día de la ruptura del tratado de Amiens, el carácter implacable que quería imprimir á las hostilidades. El arresto de las familias inglesas

que viajaban por Francia bajo la fe de los tratados y de las declaraciones tranquilizadoras del *Moniteur*, era un acto sin precedentes como sin excusa. Había sido motivado con el más falso de los pretextos, y su autor mismo, ha reconocido la iniquidad confesando con una especie de maquiavelismo ingenuo, no haber tenido otro fin, en esta ocasión, que salvar la nación británica contra sus ministros. Cualquiera que hubiese sido su intención, después de semejante acto de violencia, no se podía hacer sino una guerra á muerte. Se prepara, en efecto, empleando toda la formidable actividad de su genio para reunir en su mano los medios de dar en el corazón de la sola nación que en medio de la sumisión universal había osado contrariar sus intentos y desdeñar sus amenazas. La aborrecía desde entonces con un odio mortal, con toda la fuerza de su orgullo agraviado, con toda la influencia de sus rencores, contra las ideas de libertad, con todo el frenesí de su devorante ambición. Tenía desde mucho tiempo proyectado el ataque que quería dirigir contra ella; había á menudo calculado la fuerza y la extensión que debía dar á sus armamentos; mas sentía ante todo, la necesidad de tener á su lado la opinión de Europa y ante todo la de la Francia.

Lejos de compartir entonces su extrema irritación contra Inglaterra, la nación francesa, se había hecho gracias á él, poco á poco extraña á los asuntos públicos, apenas si tenía una vaga idea de los agravios personales que habían conducido á la ruptura. No tenía ningún cuidado de los artículos de las gacetas inglesas que no leía; se sentía sobrado fuerte en el continente, para alarmarse en demasía de la ocupación de la isla de Malta, y ésta, á sus ojos, era una cuestión de pundonor, más que de honor. Fué, pues, con una alegría sincera y profunda que había saludado la conclusión de la paz de Amiens, y ahora principiaba á recoger los frutos reparadores, esperando todos los beneficios de la prosperidad interior. Era, pues, necesario despertar en ella los adormecidos odios; convenía de nuevo entregarla al dominio de la guerra para ponerla toda armada contra su antiguo rival. En cuanto á Europa, parecía momentáneamente indiferente y como dormida. Una parte de las potencias habían sido medio engañadas por las adulaciones, las promesas ó las reales ventajas que se habían prodigado en ocasión del reparto de las indemnizaciones germánicas, las otras, mudas y amedrantadas, estaban aún demasiado mal repuestas de sus heridas para dejar presentir sus verdaderas disposiciones. Todos los Estados, sea miedo, sea resignación, parecían